

se desahogaba del mejor modo posible. Pero cuando no podia desahogarse en obras lo hacia con las espresiones mas enérgicas; y siendo tan amante del silencio se le veia trabar largos discursos sobre el amor de Dios, y hablar con tal elocuencia que admiraba á todos. En sus conversaciones siempre habia de mezclarse el amor de Dios, y no sabia dejar de exhortar á los demás á amarle; pero si alguno le ofendia, manifestaba el mayor disgusto viendo el agravio que se hacia á su amado.

El que de esta suerte amaba á Dios, no podia dejar de amar á su prójimo. Así lo manifestaba en todas sus obras, pues las hacia muy análogas con el amor que manda Dios tener al prójimo, procurando servir á sus hermanos, ya sanos, ya enfermos; haciendo los oficios que tocaban á otros, por escusarles el trabajo. Así es, que al sacristan le barria la iglesia, al refitolero el refectorio, á los coristas sus oficinas; y aunque estuviese enfermo, débil y sin fuerzas, limpiaba las celdas, lavaba los hábitos y otros paños á los enfermos, viejos y achacosos. A los enfermos los servia con mucho esmero y cuidado, mayormente cuando estaban de peligro; entonces espermentaba su corazón las mas tiernas emociones viéndoles padecer las angustias y congojas consiguientes á tan crítica situacion; y para poder socorrerlos con prontitud, el poco tiempo que le quedaba para descansar se tendia en el suelo en un rincon de las celdas de los enfermos. Les curaba sus dolencias por mas horribles que fuesen, y repugnantes á los sentidos, siendo sus lágrimas bálsamo suave para aquéllas. Cuidaba de darles puntualmente á sus horas ya el alimento, ya las medicinas; les hacia las camas, les lavaba los pies, limpiaba los vasos; y por decirlo en pocas palabras, practicaba cuanto podia contribuir al alivio y consuelo de los enfermos, y con tal afecto y caridad, que parecia haberse reproducido en Bernardo el padre de cada uno de los enfermos.

De aquí se puede inferir que caritativo se mostraria Bernardo en lo espiritual con sus prójimos, con quienes tales oficios ejercia con respecto al cuerpo. Bernardo, pues, bien penetrado de la superioridad del alma sobre el cuerpo, procuraba con tanta mayor eficacia la salud del alma que la del cuerpo, cuanto es de mas precio aquélla que éste. Así es que le buscaban solícitos los atribulados, los caidos, los tentados y otros, seguros de hallar en Bernardo los consuelos de padre, los remedios de médico espiritual, las medicinas mas eficaces. Muchas veces sucedia conocer con luz superior el interior de los que iban á buscarle, y entonces les daba las reglas, consejos ó repreensiones proporcionadas á sus disposiciones interiores. Con unos usaba

de suavidad, con otros de rigor: atacaba siempre al pecado hasta sus últimos atrincheramientos; pero daba cuartel al pecador que se rendia, le acariciaba, y procuraba indicarle los medios de que debia valerse para recobrar la primera estola que habia perdido.

Pero su caridad no se quedaba en la tierra; sus rayos llegaban hasta la lobreguez del purgatorio, no llevando su corazón el contemplar las almas purgantes padeciendo horribles penas, sin aliviárselas en cuanto estaba de su parte; pudiéndose asegurar que en Bernardo se verificaba que un fuego apagaba otro; pues la llama voraz de su caridad apagaba el del purgatorio para muchas almas que Dios llevaba á su gozo por los sufragios que le ofrecia Bernardo, y templaba sus ardores para otras con sus lágrimas, ayunos, y disciplinas.

En medio de tantas virtudes no le faltaron á Bernardo las gracias gratis dadas, pues se dejó ver dotado del don de profecía, del de conocimiento de cosas ocultas, de la gracia de sanidad, y poder de hacer milagros. Seria nunca acabar querer referir los muchos casos en que se le vió hacer uso de tales dones, descubriendo el interior de unos, anunciando cosas futuras á otros; aquí dando la salud á enfermos; allí resucitando muertos.

Acercábase ya aquel dichoso dia en que saliendo el alma del cuerpo lograse Bernardo aquella tan suspirada union con Dios en el cielo. Este ferviente deseo le hacia prorumpir los últimos dias de su vida á voz en grito en esta palabra: Paraiso, Paraiso. Tuvo revelacion del dia de su muerte estando un dia ayudando una misa, y fué tal su regocijo, que empezó á hacer unas demostraciones extraordinarias, y á derramar lágrimas de ternura, lo que admiró á los circunstantes. Preguntando despues de la misa el sacerdote, á quien acababa de ayudarla, la causa de aquellas demostraciones, dijo lleno de júbilo: Por ahora no puedo decir otra cosa, que cuando recibais el aviso de mi muerte, me apliqueis alguna misa, que yo corresponderé agradecido. Poco despues fué dicho sacerdote trasladado á otro convento, y conoció no tardaria á morir Bernardo. Y en efecto, á pocos meses llegó á dicho convento la noticia de su fallecimiento.

Pero digamos algo de su última enfermedad; y desde luego podriamos decir, que desde que tomó el hábito padeció una continua enfermedad, pues sus continuos rigurosos ayunos, sus crueles disciplinas, sus punzantes cilicios y demás penitencias lo debilitaron en tanto grado, que era milagro el que no exhalase su alma de un instante á otro; pues parecia mas pronto un esqueleto ambulante, que hombre vivo. Pero el Señor quiso prolongar

sus dias, sin duda para que los demás se aprovecharan de los ejemplos de sus virtudes, y Bernardo acumulase mas merecimientos. Llegó por fin á los sesenta años, y el que se mantuvo en pié en medio de los mas rigurosos ayunos, sucumbió por añadir algo á su ordinaria abstinencia en virtud de precepto de su prelado; pues el dia de Reyes le mandó comiese un poco de requeson, del que se habia servido á la comunidad en obsequio de la festividad de aquel dia. Conoció muy bien el obediente Bernardo que aquel manjar le seria dañoso; pero con superiores luces presentia que le seria mas provechoso obedecer: y así es que comió el requeson. A pocas horas le sobrevino una calentura maligna, que agravándose por instantes, le obligó á retirarse á su desabrigada celda. Luego fué indispensable trasladarlo á la enfermería, que distaba del convento como una milla. Como sabia que aquella seria su última jornada, y no volveria á ver á sus hermanos, se despidió de todos con la mayor ternura; y como estaban persuadidos también de que aquella seria su última enfermedad, fué increíble su sentimiento al considerar que iban á perderle. Pero al fin fué preciso separarse, y tomar el camino de Palermo; pero sin embargo de hallarse tan débil quiso ir á pié. Sus trabajos hasta llegar á la enfermería fueron considerables; pues solo pudo verificarlo á costa de muchas fatigas y dificultades.

Llegado á la enfermería conoció el médico el fatal estado de Bernardo, y noticioso de ello el Padre Guardian dispuso fuese á la enfermería su confesor. Apenas le vió Bernardo recibió notable consuelo; luego se confesó con muchas lágrimas, se preparó para recibir el Sagrado Viático; pero con tal vehemencia de amor que parecia querer salir el alma por la vista á recibir á su esposo, y el corazon por la lengua. Recibiólo por fin con extraordinario júbilo, y con la devocion propia de quien siempre habia sido tan devoto del Señor Sacramentado. Apenas lo recibió quedó como estático y suspenso por un gran rato, dejándose ver su semblante muy sereno y hermoso. Luego que volvió en sí pidió se le diese el Santo Sacramento de la Estremauncion.

Aquella noche la pasó Bernardo batallando su vida con una mortal congoja, y al volver en sí, acusaba á la muerte de perezosa. Cundió rápidamente en Palermo la noticia del peligro en que estaba la vida de Bernardo, y como si hubiese sido una convocatoria, desde luego se vió reunido en la enfermería un inmenso gentío de todas clases, que deseaba verle, rogándole cada uno se acordase de él delante de Dios. Afligiase Bernardo de que el mundo le robase aquellos instantes tan preciosos, aunque

fuese á título de devocion; y pidió á los que le visitaban le permitiesen gozar en soledad de la quietud que tanto necesitaba en aquella hora, ofreciendo á todos, que si lograba la dicha de ver á su Divina Majestad, como lo esperaba de su infinita misericordia, los tendria muy presentes.

En tan críticas circunstancias todavía tenia ánimo su penitente espíritu para pensar en castigar el cuerpo con la disciplina, cuando ya no tenia fuerza el brazo para ejecutarlo, y solo era un semicadáver su humanidad. Pero el Señor, que queria acrisolarlo del todo antes de salir de este mundo, permitió, que el demonio supliese lo que no podia hacer Bernardo, atormentándole con la mayor crueldad por dos veces durante su enfermedad, la una de las cuales fué la noche antecedente al dia en que murió; pero el siervo de Dios abrazó gustoso aquella mortificacion, porque le ayudaba á hacer penitencia de sus pecados. Cesó por fin la tempestad, y le sucedió la calma el miércoles 12 de enero; pues sabiendo habia de ser el último de sus trabajos, renació en su espíritu la alegria, el consuelo mas puro, y tomaron el mayor incremento sus afectos de amor de Dios. Incorporóse un poco, calóse el capucho hasta los ojos, y se quedó como arrobado. Después de estar así un largo rato pidió á su confesor le leyese la Pasion de Jesucristo, y le rezase algunas oraciones devotas. Todo esto acrecentaba la llama de amor divino que ardia en su pecho, y fijando la vista en la imágen de Cristo crucificado arrojaba fuego por los ojos y boca en abrasados suspiros. Parecianle siglos los instantes, y buscando aquella feliz hora que habia de proporcionarle la tan deseada union con su amado, preguntaba repetidas veces por ella. Llegó finalmente, y fué la de las tres de la tarde, en la cual inclinó con el mayor sosiego la cabeza en ademán de querer dormir, y dijo con notable serenidad: Ea, vamos, vamos; y voló su alma á donde deseaba, que era á unirse eternamente con su amado en la gloria, á los sesenta y dos años de su edad, y treinta y cinco de religion.

Apenas se publicó en la ciudad su glorioso tránsito, se conmovió toda, y solo se oia la voz unánime de: Ya murió el santo capuchino: Ya murió el varon prodigioso: Ya nos ha faltado nuestro bienhechor. Llenóse luego la enfermería de gentes de todas clases, que iban ansiosas á ver al Santo, y procuraban hacerse con alguna reliquia suya. Nobles y plebeyos, sacerdotes, religiosos, ricos y pobres... todos se abalanzaron al cadáver á fin de besarle las manos ó pies, y cortarle algo de su hábito, cabellos, ó barba; y si los religiosos no hubiesen tomado la resolucion de retirarlo dentro la reja de la capilla, y ponerle guardas,

hubieran destrozado el cadáver. Fué tal la persuasión comun de que estaba gozando de Dios, que en lugar de ofrecer sufragios por su alma, se encomendaban á Dios en él; y su funeral puede decirse que mas tuvo de triunfo que de pompa fúnebre, pues fué llevado al convento entre sacerdotes, no solo de su misma religion capuchina, si que tambien de otras, y del clero secular, acompañado de príncipes, caballeros y otros personajes, y entre dos filas de tropa para abrir paso entre el innumerable concurso, y custodia del cadáver.

La misa de este dia es del santo nombre de Jesus, y la oracion es la siguiente:

O Dios, que hicisteis Salvador nita, que así como honramos su del género humano á vuestro santo nombre en la tierra, así Unigenito Hijo, y mandasteis tambien gocemos de su presencia que se llamase Jesus; conce- cia en el cielo. Por el mismo dednos por vuestra bondad infi- Jesucristo nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 4 de los Hechos Apostólicos.

En el tiempo Apostólico, Pedro, lleno de Espíritu Santo, dijo á los Judios: Príncipes y Ancianos del pueblo, oid: si nosotros hoy comparemos á juicio por el beneficio hecho á un hombre enfermo, en virtud del cual ha sido sano, sea notorio á todos vosotros, y á todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo Nazareno, á quien vosotros crucificasteis, y Dios resucitó de entre los muertos, en este está sano á vuestra presencia. Este (Señor) es la piedra que reprobada por vosotros, que os gloriais de edificadores, se ha hecho cabeza del ángulo, esto es, del edificio de la Iglesia, y en ninguno otro hay salud. Ni tampoco hay otro nombre bajo el cielo dado á los hombres, en el que podamos salvarnos.

REFLEXIONES.

¡Qué valor, qué intrepidez, qué elocuencia en un pobre hombre, en un hombre rústico y grosero; que dos dias antes no sabia hablar cuatro palabras, y tan cobarde, que negó, y renegó á Jesucristo, sin otro impulso, que la despreciable amenaza de una vil esclava! Tanto como esto puede el Espíritu Santo: tanto como esto hace la gracia en un corazón verdaderamente convertido: tanto como esto produce en una alma el amor de Je-

sucristo. Mirase con desprecio el desagrado del mundo, y los respetos humanos; no se tiene vergüenza de cumplir cada cual con su deber, cuando no se tiene vergüenza de seguir el Evangelio. A la verdad, este no fué un celo impetuoso, un celo indiscreto; fué un valor juicioso y cristiano, fué una intrepidez prudente y moderada; pero eficaz, y animosa. No se ignora, que una lección dada sin tiempo, ofendé mas que instruye; una advertencia fuera de sazón, irrita mas que enseña. Pero hoy, que con el motivo de la milagrosa curación de un enfermo jurídicamente se nos pregunta, dice S. Pedro; yo te enseñaré, pueblo ciego, cual es el divino poder de ese Jesus Nazareno, que has crucificado. El celo ha de ser ardiente, generoso, intrépido, pero prudente. Todo lo echa á perder si se mezcla la pasión. Para ser eficaz, solo ha de ser animado de la gracia de Jesucristo.

¡Pero con qué destreza se aprovecha de la ocasión para enseñar á todo el pueblo la verdad de la religion cristiana! ¡Con qué santa animosidad, y qué á tiempo le reprende su delito! ¡Cuánto bien se haria en el mundo, si se miráran con celo, y con cariño los intereses de Jesucristo, y si no se tuviera vergüenza de su Evangelio! Hay cobardía para seguir el camino de la virtud, porque hay poco valor para mantenerle despues por medio del buen ejemplo.

No hay otro nombre debajo del cielo, en cuya virtud podamos salvarnos. ¿Pues cómo no colocáremos toda nuestra confianza en este santo nombre? Ninguna cosa desmaya tanto la confianza como los secretos remordimientos de un corazón ingrato y cobarde. Amase con mucha tibieza á Jesucristo; tiénese poca fidelidad en la obediencia á su ley: de aquí nace aquella confianza tímida, dudosa, y poco firme. Es el nombre de Jesus un manantial perenne de dulzuras y de consuelos á quien vive según las máximas del Evangelio, y no quiere reconocer ni otro maestro, ni otro dueño, que solo á Jesucristo.

El Evangelio es del cap. 2 de S. Lucas.

Despues de cumplidos los ocho dias siguientes al nacimiento de nuestro Salvador, en que debía ser circuncidado, según la ley de Moisés, se le puso por nombre Jesus, conforme le llamó el Angel antes de ser concebido en el vientre virginal de su santísima Madre.